



GLOWNLORDS

LOS 9 SEÑORES DEL RESPLANDOR

Rafael Madrid Gimeno

GLOWNLORDS

LOS 9 SEÑORES DEL RESPLANDOR



Primera edición: octubre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rafael Madrid Gimeno

© Ilustraciones y dibujos Mariano Saura Copete

ISBN: 978-84-10400-72-6

ISBN digital: 978-84-10400-73-3

Depósito legal: M-23754-2024

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todo aquel que persevera en sus ilusiones.
A todos aquellos insaciables buscadores de una sola verdad.
A todos aquellos que durante el transcurso de mi vida me ayudaron a crecer.
A las personas y entes etéreos que han hecho posible que esta
historia surja de mi imaginación.
A los colaboradores que han hecho posible la realización,
por la experiencia compartida.
A mi familia y amigos, por el tiempo robado.
A todos aquellos que han sido víctimas inocentes de insulsas e indignas
batallas motivadas por la necia razón imperialista de codicia, odio y poder.
A todos aquellos, nobles de corazón, que se cruzaron en mi camino.
A todos aquellos cuya salud pende a diario de un hilo.
A mis padres y ancestros, a mis hijos y descendientes.
A la editorial por su confianza en mi trabajo.*

R.M.G.



Analiza tu interior mirándote a los ojos y busca en ellos la inmensidad del alma, ya me dirás lo que has encontrado cuando te veas sin la máscara que la vida nos pone.

PRÓLOGO

Glownlords: los nueve señores del resplandor es más que un simple libro, es una puerta hacia una comprensión más profunda de la existencia humana y una guía para el crecimiento interior. En un mundo que avanza vertiginosamente, donde las distracciones son innumerables y la superficialidad parece reinar, esta obra nos invita a detenernos, reflexionar y emprender un viaje hacia lo más profundo de nuestro ser.

Rafael, con una notable claridad y profundidad, explora el existencialismo a través de una serie de personajes denominados como los Sac, quienes han creado toda una filosofía que dejará una huella indeleble en el lector. A través de sus páginas, nos meteremos en la piel de Piper y veremos su evolución a lo largo de toda la historia, recibiendo lecciones cuyas reflexiones sobre el ser humano, la responsabilidad y la autenticidad resonarán con fuerza en cada rincón de nuestra experiencia cotidiana de una forma muy esotérica.

Pero este libro no se detiene en la teoría filosófica recopilada por Rafael, sino que va más allá, ofreciendo al lector herramientas prácticas para aplicar estos conceptos a su propia vida. El autor nos guía a través de preguntas existenciales que todos nos hemos hecho y que nos pueden ayudar a confrontar nuestras propias ansiedades, miedos y dudas existenciales. Nos desafía a cuestionar nuestras suposiciones, a reconocer nuestra propia existencia y a tomar responsabilidad por nuestras elecciones.

El viaje hacia el crecimiento interior es, como nos recuerda el autor, un viaje solitario y desafiante, pero también profundamente gratificante. Nos invita a abrazar la incertidumbre, a encontrar sentido en nuestras propias experiencias y a vivir de manera auténtica, siendo fieles a nosotros mismos. En un mundo donde la conformidad y el automatismo son la norma, esta obra es un llamado a la rebelión interior, a la búsqueda de una vida plena y significativa.

Espero que leas esta historia con una mente abierta y un corazón dispuesto, al igual que lo hice yo cuando tuve la suerte de revisarla. Permite que las ideas y reflexiones aquí presentadas te desafíen, te inspiren y te transformen. Este no es un libro para leer pasivamente, sino una invitación a la acción, a la exploración y al crecimiento. Yo, que he tenido la suerte de leerlo cuatro veces, te aseguro que así ha sido. Espero que este viaje filosófico y espiritual te lleve a descubrir nuevos horizontes de comprensión y a encontrar en ti mismo la fuerza y la sabiduría para vivir de acuerdo con tus más profundos valores y aspiraciones.

LAURA SÁNCHEZ MUÑOZ

PREFACIO
DE LA MEMORIA
ANCESTRAL OLVIDADA

Fue en las civilizaciones antiguas, en época anterior a la romana, ni siquiera el continente del viejo mundo era conocido por su nombre, cuando depositarios del saber sagrado se cuestionaron la necesidad de fortalecerse rodeando a la clase política de seres espirituales.

En un principio, entre unos y otros, fueron dotando a la población y los templos de representaciones a todo aquello espiritual para cuanto necesitaban, como ayuda para obtener algo favorable a cambio. Así dijeron ser dueños de la sapiencia de algo que los humildes no entendían del todo, pero que sí intuían. De aquella manera fueron tirando de la fantasía de sus mentes para crear divinidades que justificasen su ocupación.

Se trataba pues de seres inmortales de nombres diferentes, de hecho, en muchas de las civilizaciones existía uno para cada cosa: La Tierra, El Cielo, El Amor, La Guerra, El Mar, El Universo... Todos estaban dotados de inmenso poder espiritual y tenían una denominación que los hacía especiales que luego romanos y griegos compartirían, cambiando nombres y formas: Hera, Atenea, Neptuno, Eros, Ariel, Venus, Tritón...

Sin embargo, muy adelantados a su época, con pensamientos unificadores de espiritualidad 1800 años a. C., en un apartado lugar del mundo, se construyó un meditativo espacio limitado entre murallas. El espacio estaba destinado a la captación de gentes especiales a sus filas, hombres de inclinación ascética en busca del perfeccionamiento moral y la virtud. Fue tal singular momento en aquella época de la historia que en tal lejano país comenzaron a surgir confinamientos de enfermos que, condicionados por sus dolencias, acudían a la auto-marginación apartándose de la sociedad para procurar la recuperación de su salud y evitar temerosos contagios.

Más tarde, aquellos mismos grupos, por pura subsistencia, aprendieron a utilizar su ingenio para invertir en cultura, ciencia, escritura, alquimia, recolección de hierbas y ungüentos, utilizando artes agrícolas, decantando todo aquello en la creación y desarrollo de elixires curativos.

Del progreso de aquel aislamiento social de sanación, los druidas comenzaron a utilizar y aplicar sus propias soluciones con el pueblo para vencer ciertas dolencias y enfermedades que, unidas a los antisépticos alcohólicos que fabricaban, las gentes confiaron en sus atribuciones como administradores de remedios a sus males. Así, esporádicamente, surgió el apelativo de «curas».

Como consecuencia, en sus inicios y de la pertenencia a sus filas, fue tomando relevancia aquella esperanzadora ciencia curativa casi olvidada en nuestros días. Fue a partir de entonces, como en tantísimos otros monasterios, incluso muchos de ellos arropados entre muros de castillos feudales, cuando se empezó a proteger la sabiduría que había entre sus manos. Durante siglos fue algo que se guardaría como «oro en paño» y de lo que fueron únicos administradores hasta tiempos cercanos a nuestra época.

Esta obra trata del origen de un grupo de excluidos de la sociedad, conexiónados por sus dolencias en un común denominador introspectivo, emplazados en un medievo atemporal. Fue un momento en el que el cultivo de sus dotes culturales y forma de vida les hicieron diferentes al resto de hombres y les ayudó a crear un precedente espiritual. No eran frailes por creencias impuestas, sino monjes por propio convencimiento de su filosofía existencial y filantropía. Su dedicación a una forma de sanación, dio lugar a un propio dogma de fe universal: los sac.

CONNOTACIONES DE LA HISTORIA

La vida nos ofrece historias contadas de boca de nuestros propios abuelos, que llegaron a ser cuentos populares y que nos resultaban icónicas por sus propias moralejas. Pero no es hasta nuestra madurez, al comparar y aplicar aquellos momentos con tu propia vida, cuando les ves el sentido y sacas provecho de ellos.

Es ahí cuando ya puedes aplicar aquellas resoluciones que siempre entendimos como algo banal, pero que nos alude de lleno. Y es al alcanzar esa sensatez dentro de nosotros cuando vemos que el cuento pertenece a algo interior muy de todos: nuestro subconsciente. Entonces observamos que, como en una vieja mansión, distraídos por nuestro aspecto exterior, aún hay cosas dentro de ella que hay que aprovechar.

Y reflexionando, recordé el cuento aquel de un niño que salió de casa para buscar a sus hermanos perdidos, raptados por un ser malvado. La historia y su base de connotaciones profundas trata sobre cómo el pequeño salió de casa para volver más grande y capaz que cuando partió de ella y así salvó a su familia. También recordaremos un detalle clave: partió echando piedras blancas por el camino, que luego le iban a permitir el regreso.

Bien, pues ahora apliquemos esto a nuestra vida, es decir, a los días de una persona que va a vivir y enriquecer su existencia con experiencia. Si se analiza en profundidad, aquí podemos observar que se trata de un símil del mismo camino que aquel

mencionado personaje tenía que recorrer completado con ese rastro de pistas que le iban a servir para volver a casa. Aquellas huellas de piedras blancas, no son, ni más ni menos que los mensajes recogidos, las lecciones de vida que vamos a encontrar en nuestro acontecer existencial, el apoyo de sabiduría que va a facilitar nuestro camino evolutivo para volver a donde partimos con la mochila más llena que cuando empezamos a caminar.

MOMENTO DE LA FICCIÓN

Corría un tiempo incierto, allá sobre la Edad de Bronce. Era un crítico momento humano donde en los imperios, al sur de los mares del Mánora, coexistía la vecinal confluencia de cuatro reinos: Mágнину, reino de la magna bondad; Ákrimonia, reino que arrastraba tras de sí el halo de la agria dureza de su gobernante; Kramia, reino de lo material, y Parnaviso, reino de la espiritualidad. Junto a este último se hallaba el extenso bosque de Zingar. Lugar especial dotado de cierta magia, Zingar era un privilegio natural donde clima y tiempo sufrían una amistosa simbiosis generando otra dimensión diferente a la normal.

Algunos reinos crecían en paz, sin embargo, el futuro de otros estaba aún en manos de un destino dudoso, aventurados a su propia suerte. Y así, la clase humilde trabajaba a contracorriente, como el engranaje de una máquina con una economía puramente agrícola, empujando a base de sudor y esfuerzo a todo aquel imperio.

De aquella práctica, víctimas de los sucesivos rechazos y marginación, surgieron cierta clase de maestros y artistas, dueños de aptitudes secretas para cualquier persona normal, entre las que cabía destacar su mayor virtud: la paciencia en el manejo del tiempo.

Fruto de su bien hacer fueron sus obras, su ciencia y su filosofía, y así fue el surgir de aquellos seres extraordinarios, hombres leales a sus creencias: los nueve señores del resplandor.

AMBIENTE DE LA HISTORIA

- Medievo atemporal.
- Momento social rústico: alta montaña, frío en las celdas, precariedad, rudeza.
- Economía puramente rural.
- Los enfermos emocionales, marginados, incomprensidos de la sociedad de entonces, no eran aceptados y abandonaban las urbes, desterrados por temores ignorados achacados a contagios. Eran tachados como adeptos a la nigromancia, producto de sus propias sensibilidades.

CAPÍTULO I

UNA ESPADA DE MADERA

En una lejana aldea de las montañas de Parnaviso, nacido en una humilde familia de granjeros, vivía el pequeño Geri junto a sus padres y su hermana Merli. La agricultura basada en el cultivo de cereal era una dura labor en la que John, su padre, ponía todo su empeño por sacar de cada cosecha lo mejor para mantener la hacienda. Sus jornadas transcurrían de sol a sol y difícil era el día en que tuviera hueco para atender asuntos de orden familiar.

Geri, con de diez años, pasaba por su «momento del estirón». Eran aquellos días en que uno siente con el crecimiento de sus huesos que su cuerpo se alarga como un espárrago silvestre para darle una apariencia de enclenque. Su hermana jugaba con él en los alrededores de la casa con máscaras hechas de grandes hojas de arce rojo caídas de árboles de los bosques de los alrededores.

Cerca de donde habitaban se erigían algunos troncos donde hacían de ellos soldados y castillos para sus juegos. Geri introducía sus pies entre sus ramas y huecos para subir hasta lo más alto, aquello era su bastión. Merli, que era tres años mayor que él, luchaba hasta el agotamiento con un largo bastón de madera.

Geri atacó y Merli le hizo un esquivo con una zancadilla propinándole un azote. El joven, llevado por la inercia de su ímpetu, resbaló y cayó al suelo.

—¿Y tú eras quien quería arrebatarme las llaves del reino? Poco tengo que hacer contigo, bellaco —resopló Merli, mientras luchaba imitando a un enemigo imaginario con voz despiadada.

—¡Sí, dame esas malditas llaves de una vez! —respondió con ingenuidad el chico, reincorporándose.

—¡Recuerda! ¡Jamás vuelvas a pisar el bosque de... de... de las sombras oscuras!

—Las sombras oscuras que tú dices... eran las gallinas, ¿vale? —murmuró el chico haciendo una pausa del juego.

—¡Vale! —respondió su hermana volviendo de nuevo a la acción—. O te encontrarás con esto... y con esto otro. ¡Toma...! —sacudió Merli.

—¡Ay!

Merli se rio y gritó:

—¡Ja, ja, ja... en todo el trasero!

—¡Traidora, haré que te tragues cruda una de tus sombras!

No demasiado lejos de allí, se escuchó otra voz.

—¡Chicooooos..., a comer! —gritó Frida.

—¡Ya vamos, madre!

—Y... ¿qué son esas sombras oscuras, hermana? —preguntó Geri con temerosa curiosidad—, ¿tú las has visto alguna vez?

—¡No..., ya está! Lo he dicho porque sabía que te asustaría. Solo lo he dicho para pararte los pies. Estabas algo... pe-sa-di-to.

Mientras los chicos jugaban Frida se preocupaba por hacer verdaderos milagros en la transformación de todo lo ganadero y agrícola para hacer de la cosecha algo decente que llevarse a la boca. A su llamada, todos se dirigieron a la casa para sentarse a la mesa.

—Padre, te veo trabajar demasiado —planteó Merli—. Para que luego venga ese ansioso feudal agorero y se lleve todo por lo que te has esforzado.



—¡Eso, hija, tú encima restriégaselo! —amonestó Frida.

—Y si no fuese así, él mismo acabaría con nosotros —reaccionó John con cierta amargura—. Si trabajas te quitan la cosecha y si no lo haces te llaman vago.

—¿Para qué nacemos entonces, padre? —replicó Geri.

—Para ser explotados.

—¡John... no digas eso! —replicó la mujer.

—¡Padre, no temas! —intervino el chico blandiendo al aire su espada de madera—, ¡nosotros te defenderemos de ese... bellaco!

Según fue pasando el tiempo, Geri crecía a su propio ritmo. John, por su parte, arrastraba a su hijo al campo para que su cuerpo medrase y se acostumbrara a la faena labriega. Sin embargo, para el hombre parecía no llegar nunca aquel momento en que viera aflorar su fortaleza.

—¡Vamos, chico, ve al granero y tráeme la canasta de la siembra para la siembra!

—¡Padre, no me hables así que no soy tan pequeño!

—No lo decía en ese sentido, hijo.

El visible cansancio del labriego era un muro bajo cuyo peso su desesperación iba haciendo mella. En el día a día, para provocar el despertar de su madurez, el campesino comparaba al joven con otros vecinos de las granjas colindantes más mayores y fuertes que él. Geri acababa constantemente enfadado, su mente se veía obcecada ante aquella incompresible comparación.

—Geri, no es por ti por lo que papá se enfada... —le consolaba su hermana.

—Entonces, ¿por qué lo paga conmigo?

—No lo hace a propósito, es un cúmulo de cosas y... se hace mayor. Cada vez que vienen a requisar la cosecha ve cómo todo su esfuerzo de meses se evapora en un momento como agua de caldero hirviendo. Eso es algo que no se puede quitar de la cabeza así como así.

Un día, Geri salió con su padre hacia la ciudad. Acudían al mercado para vender alguna gallina y cambiar algunas arrobas de trigo, así como restos de sacos de centeno de lo que aún les quedaba para pasar el invierno y, con lo obtenido, conseguir útiles de trabajo. El lugar estaba acotado por balas de paja de cebada y trigo para alimentación de animales y aperos de labranza. El tufo del cereal junto al del estiércol del ganado formaba una fragancia difícil de olvidar que contrastaba entre los demás puestos donde también podían verse mujeres exponiendo sus mejores mañas en perfumes obtenidos a base de flores y plantas silvestres o prendas tejidas con pieles y lana; enseres para cocina hechos de maderas nobles, como encina, limonero y olivo; ganaderos montando el espectáculo para mostrar la fuerza de sus animales de tiro; malabaristas haciendo equilibrios y provocando risas entre los asistentes; incluso exhibiciones de cetrería con ánimo de enseñar la destreza de las aves rapaces en sus habilidades de caza... Y mientras todo aquello transcurría, un penetrante olor a humo de embutido recién asado, se hacía notar en el ambiente impregnando todo. Su aroma era algo a lo que ningún estómago se podía resistir. John se acercó al asadero para compartir con su hijo una pieza de aquel embuchado con una rebanada de pan. A Geri le gustaba pasear por los puestos del mercado, todo estaba lleno de curiosos utensilios que llamaban su atención y, su mirada, cautivada por aquel lugar lleno de sorpresas, quedó fascinada durante la visita, ocupada en busca de lo más novedoso y extraño a la vez que devoraba el festín que tenía entre manos.

—¡Paisano! ¿Cuánto vale esto? —preguntó John observando uno de los azadones de labranza que alguien exponía.

—Tres pécunes.

—Amigo, que es para trabajar, no para entretenerme.

—Ya, pero yo ya lo trabajé antes, y ese es el precio de lo que cuesta.

—Es una pena... —dijo con gesto de marchar—, ¿y en especie?, ¿te iría medio saco de trigo o quizá una gallina? —propuso John mostrando los animales que llevaba colgando.

—De acuerdo, dame una de tus gallinas.

—¡Gracias, amigo! Eso está hecho.

Al volver de la ciudad, una cantina que les vino al paso tentó la garganta de John. Geri quiso tirar de él para retenerle, pues no le gustaba el barullo ni el tufo a vinazo rancio que salía de allí, pero no pudo.

—Padre..., ¿qué hacemos aquí? Volvamos a casa.

—¡Déjame un momento, hijo! Déjame olvidar, aunque solo sea por un rato.

—¡Vale! Pero solo un rato, ¿eh, padre?

—Sí, hijo, solo un poco... de vino.

Geri entró en la tasca acompañando a su padre. El vocerío y ademanes de un borracho le hizo arrimarse al progenitor, caminaba cauteloso a la vez que observante con cierto juicio interior. Las jarras de barro cocido para servir llenaban por doquier unas mesas pegajosas oscurecidas por el vino derramado y una tabernera de grandes pechos soportaba galanterías socarronas mientras escanciaba el líquido añejo en los recipientes vacíos para evitar dejar escapar a los clientes entregados al éxtasis de Baco. Casi todo cuanto podía ver allí eran labriegos de los campos vecinales entregados ese día a tal entretenimiento. Sin embargo, una pequeña multitud en un rincón de aquel mismo lugar coincidían en lamentaciones sobre la actitud de su rey, pero no solo se hablaba de eso. El joven, rehuyendo el espeso ambiente, se sentó en el escalón que ofrecía la entrada, hasta donde todavía podía apreciarse el olor que llegaba desde dentro del garito y mientras se entretenía dibujando en el suelo con el trozo de una rama, comenzó a escuchar todo tipo de rumores.

—Y... ¿dice que es para defender al pueblo? ¡Todo lo que nos roban es para alimentarse ellos y su ejército!

—¡Mira! ¡Si no se retasen entre los reinos..., no haría falta tanto ejército..., ni armamento, y no nos robarían tanto!

—Amigo —abrió John su boca—, siempre te quitarán cuanto quieran porque todo lo que saquen de sus excedentes de más es para su bolsillo. El gobernador arrambla con lo sacado, jamás comparte.

—¡Vaya! Y ese sí que es un bolsillo con un buen agujero, ¿eh? —añadió uno de los campesinos.

—Y que lo digas.

Geri, inquieto, se levantó del descansillo de la entrada y comenzó a moverse de un lado a otro sin salir del local. Luego, para entretener su pensamiento, se puso a curiosear los utensilios que colgaban en lo alto del mostrador. Casualmente, de otra de las mesas provino un comentario inusual, sin duda acerca de cierto tipo de gentes que habitaban en horizontes perdidos, más allá del bosque en las rocosas montañas nevadas.

—¿En el bosque de las sombras...? —preguntó alguien por otro lado.

—Sí. Dicen las buenas lenguas de augures hechiceros que...

—Pero ¿de qué buenas lenguas habláis? Si no se conoce a nadie que haya vuelto de allí..., ni vivo ni muerto —respondió otro.

Al emprender el camino de vuelta a casa, padre e hijo pasaron junto a un viejo olivo que se cruzaba a un lado de la senda al entrar bajo los lindes del bosque, era el bosque de Zingar. El bosque de Zingar estaba continuamente en boca de unos y otros, en el pasaban cosas aún desconocidas para muchos y lo daban por encantado. El aspecto de aquel árbol era impresionante por su enorme tamaño. Tan grueso era que para medir la amplitud de su tronco precisaba al menos de una cadena de siete hombres.

Geri se desvió para contemplar de cerca su majestuosidad. Nunca le había prestado atención durante sus trayectos de regreso de la ciudad. Era la primera vez que se fijaba en él y quedó boquiabierto al observar las decenas de agujeros del tamaño de un puño que llenaban su envergadura.

—El árbol de las bondades —susurró el padre aún con un palillo en la boca—, es milenario.

—¿Milenario? —Impresionado, Geri intentó calcular. Pensar en aquel número de años era algo que no cabía en su joven cabeza—. ¡Caray!, ¿mil años en el mismo lugar? Ahora entiendo por qué tiene todos esos boquetes. Pero... ¿serán del sol o del viento, padre?

—Quizá de ambas cosas. Son el signo de su resistencia, su robustez y fortaleza en su empeño por subsistir. Cicatrices de honor concedidas por su lucha contra las inclemencias contra las que ha tenido que batallar durante toda su vida.

—Pobre.

—Una cicatriz no es ningún deshonor hijo, son medallas que la vida nos concede por el triunfo de vivir y tenemos que estar orgullosos de poseerlas.

Mientras decía aquello, el labriego cogió del suelo una rama arrancada del mismo árbol por el viento, y empezó a tallar algo con su navaja. Geri, apiadado del olivo, tomó decenas de flores de plantas de los alrededores para colocar en sus agujeros, y lo transformó en un alarde colorido de bella magnificencia.

—¿Qué haces, hijo?

—Le muestro mi reconocimiento y respeto en homenaje a su valor por aguantar tanto tiempo en pie.

—¡Toma!

—¿Qué es?

—Una flauta. Sopla y verás. Pero, para que suene, mantén tapado el agujero de abajo.

El chico sopló y resopló durante un buen rato hasta que por fin consiguió sacar las primeras notas del instrumento.

—¡Qué bien suena!

Luego se acercó hasta la sombra del árbol, y cobijado bajo su frondosidad, comenzó a entonar una dulce melodía con tan solo tres notas. A su vez, como una sorpresa bien guardada, unos insectos voladores comenzaron a salir de los agujeros del longevo vegetal.

—¡Ten cuidado, hijo, están saliendo avispas! ¡Vámonos ya, que está empezando a caer el sol!

—Sí, padre. —Geri se despidió con un profundo abrazo al árbol.

Durante todo el trayecto de vuelta a casa, Geri no dejaba de cavilar. Cuando entró por la puerta, el sol aún doraba el cielo acariciando los campos de trigo.

Por su parte, con una mirada de despedida por aquel singular día, John se retiró agotado al camastro dejándose caer en él a plomo.

En completo silencio, Geri cogió un barreño con agua y metió su ropa en él. Luego echó mano de una cabeza de ajos de la cocina de su madre y picó varios de sus dientes para hervir en el agua que luego añadiría al barreño de ropa que tenía a remojo.

De buena mañana recogió aquella ropa tendida, y preparó en su zurrón un atavío con alguna que otra prenda más con la que taparse, algo de comer y agua para beber. Vestido con aquel atuendo lavado, se armó con su espada de madera y su flauta de pastor y partió de allí.

Poco más tarde, Merli fue a despertarlo.

—¡Geri, buenos días! —dijo al pasar frente al bulto visible que había sobre su cama—. ¡Anda, levántate, gandul!

Extrañada de que no soltase palabra, se acercó a tirar de la manta.

—¿Geri...? ¡Padre!, ¿dónde se ha metido?

—¡¿Qué pasa?!, ¿dónde se ha metido quién...? —carraspeó John con ojos resacosos.

—Tu hijo.

—¿Eh...? ¡Seguro que está en el establo!

—¡Merli, corre, mira a ver si está en el granero! —gritó la madre.

Mientras todo aquello acontecía, Geri ya estaba lejos del lugar. Ahora, cargado con su vieja bolsa, se introducía en la espesura vegetal bajo la incógnita y la incertidumbre del destino que se abría ante él.

El joven Geri necesitaba saber más. Quería comprobar qué era aquello de lo que tanto había oído hablar. ¿Qué había más allá de los sembrados y del bosque?, ¿quiénes serían aquellos nigromantes desconocidos de los que se hablaba en la tasca?

—Demostraré de lo que soy capaz. No quiero pasar toda mi vida como el árbol milenario de las bondades, anclado en el mismo lugar y llenándome de agujeros —se decía así mismo mientras iba por el camino, como un niño grande—. He de encontrar esas sombras oscuras de la lontananza, de las que tanto se murmura.